



Empoderamiento en mi voz



Por Quiana Bishop,
presidenta interina del DPC

Cuando a mi padre le diagnosticaron enfermedad renal terminal (ERT), nuestra familia se adentró en un territorio desconocido. No sabíamos qué significaba, cómo ayudar ni siquiera qué preguntas hacer. Aprendimos rápido, pero lo hicimos a través del miedo, la frustración y el amor. Hoy comparto nuestra experiencia no solo para honrarlo, sino para ayudar a otros a evitar esa impotencia y encontrar la esperanza antes.

Mi madre se convirtió en su cuidadora de la noche a la mañana. En un momento era su compañera; al siguiente, se encargaba de la medicación, las citas y emociones que ninguno de nosotros



podía expresar con palabras. Su fuerza era silenciosa pero inmensa. Mi padre no era de los que compartían detalles; quizá era su forma de protegernos. Pero me di cuenta de que algo no iba bien. La fuerza que siempre había portado como una armadura empezó a resquebrajarse.

Ya controlaba mis propias enfermedades crónicas: diabetes e hipertensión, diagnosticadas a los 19 años mientras estudiaba en la Universidad Estatal de Michigan. Se suponía que la universidad sería mi salto a la edad adulta, pero de repente ya no solo me ocupaba de mis horarios de clases: contaba carbohidratos, me inyectaba insulina y recordaba tomar pastillas para la presión arterial. Mi independencia no desapareció, pero se redefinió.

Antes del diagnóstico, mis fines de semana eran como los de cualquier otro chico de diecinueve años: noches de bar espontáneas, demasiada pizza y pocas horas de sueño. Después, todo cambió. Dejé de beber y fumar, y pasaba las noches estudiando y descansando. Para mis amigos, yo me había convertido en el aburrido. Pero estaba sembrando la semilla del futuro que sabía que merecía.

Cuando mi padre desarrolló diabetes, me tocó a mí estar presente. Me pidió ayuda: me preguntó sobre medicamentos, planes de alimentación y el control de la glucosa. Esas llamadas se convirtieron en lazos que nos unieron a lo largo de generaciones de lucha y fortaleza. Durante años, él había sido mi proveedor, mi protector. Ahora tuve la oportunidad de ser eso para él.

Para mi padre, la comida era arte y cariño. Era un chef gourmet que invertía amor en cada plato. Pero el hecho de tener una enfermedad renal y diabetes alteró ese ritmo. Las comidas se convirtieron en ecuaciones, los ingredientes en riesgos. Incluso en medio de esa lucha, él seguía intentando asegurarse de que estuviéramos bien alimentados, tanto emocional como espiritualmente.

El trasplante de riñón se sintió como una segunda oportunidad. Mi padre se sometió a una cirugía intensa y salió con esperanza. Pero esa visión se desvaneció cuando cogió lo que parecía un simple resfriado que derivó en una infección que su cuerpo no pudo combatir. Después de todas las batallas que había soportado, eso fue lo que lo llevó al fracaso.



Como madre soltera, soy la constante de mi hijo: su guía, protectora y fuente de consuelo cada día. Incluso durante mis problemas de salud y mi dolor, he permanecido firme para él. Porque cuando eres el faro, no puedes permitirte perder la esperanza.

El momento de mayor orgullo de su vida no fue solo cruzar un escenario, sino recuperarlo. Tras luchar contra la depresión y la ansiedad durante la COVID, cruzó el escenario de la Universidad Estatal de Michigan con sus compañeros, diploma en mano.

Yo estaba entre el público, agotada por la diálisis, pero decidida. Cuando grité su nombre, no fue solo orgullo, sino el sonido de la supervivencia, del legado, del amor. Me dijo: «Tu fuerza me la has dado». No me uní sola a la comunidad renal. Mi madre me animó a estar rodeada de personas que comprendían mi misma lucha. Unirme a Ciudadanos Pacientes de Diálisis (DPC) como embajadora fue un punto de inflexión. Encontré propósito en la defensa de mis derechos, conexión con la comunidad y sanación al compartir mi voz. Me salvó de mi propia oscuridad.

Escribí un ensayo sobre mi trayectoria que fue seleccionado, lo que me envió a Washington, D.C., para representar a Michigan junto con otros defensores. Pasé de sentirme sin voz a ser la voz de todos esos pacientes que atraviesan la misma lucha en silencio.

Ser elegido Vicepresidente de la Junta Directiva de DPC marcó un nuevo capítulo. He pasado de ser paciente a defensor y a líder, guiado por la certeza de que nuestras voces importan.

Después de una de mis charlas, mi hijo me abrazó y me dijo: «Estoy muy orgulloso de ti, mamá. Me estás haciendo creer que puedo luchar no solo por mi verdad, sino por otros que no pueden luchar por sí mismos». Mi hijo es transgénero, y sabía a qué había llevado todo esto: no solo a que mi voz se escuchara, sino también a la suya. Me convertí en defensora de cada alma que cree que su verdad es demasiado pesada.

Mi hijo me acompaña a todas partes, vigilándome. Cuando me ve hablar con pacientes con enfermedad renal en etapa terminal, cuidadores y legisladores, noto un cambio en él. Está absorbiendo la valentía, la convicción y la compasión. No solo le estoy enseñando a defender sus derechos, sino a amar con acciones.

Un día, dejaré este mundo con paz en el corazón, sabiendo qué clase de hombre será mi hijo. Lo he criado para ser transparente, fuerte, amable, humilde y honesto. Él lleva consigo esos valores, y con eso, sé que mi legado está intacto.

No solo sobrevivo. Les muestro a las personas cómo se ve el propósito ante las dificultades, cómo se siente la defensa arraigada en la vida real, y lo que la maternidad impulsada por la fe y la resiliencia puede construir.